



Las piezas de g.

Javier López Alós[?]

“Toda la industria del hombre estriba en aproximar las sustancias naturales unas a otras o en separarlas; el resto es una operación secreta de la naturaleza.”

F. BACON: *Novum organum*, I, 4.

Querido doctor: si le escribo a usted, para qué andarme con rodeos, es porque estoy desesperado. Sé que entenderá bien el sentido de estas palabras: por supuesto, le tengo en gran concepto, no necesito extenderme sobre esto, lo sabe, son muchos años ya... Pero lo fundamental, lo nuevo, es que estoy desesperado.

Creo que está al corriente de algunas cosas, de otras no estoy seguro. Algunas, sin embargo, diría que es imposible que las sepa, casi acabo yo de descubrirlas o de entenderlas por primera vez. Le ruego, doctor, que tenga paciencia, y que me perdone si le repito alguna información que ya posee. Por mi parte, intentaré ser preciso y, como usted siempre insiste, “claro, más claro”.

Sucedió una tarde, cuando aún quedaba luz y unas pocas personas por el parque que ya conoce. Creo que el otoño acababa oficialmente de empezar. Como muchos días, más aún presintiendo la humedad, escurría yo las horas de mi convalecencia paseando a solas, usted perdone, sin enfermeras ni familia que me atosigasen, por entre los recovecos que forman los estanques y las sombras de las grandes ramas de palmera. A veces me detenía y trataba de golpear con mi muleta los dátiles esparcidos por el suelo; debía de parecer un jugador de críquet que se ha caído del caballo pero que se obstina en seguir la partida cuando todos ya se han ido. En todo caso, algo de eso había, desde luego, aunque nunca hubiese montado a caballo siquiera. En cierto modo, jinete de mí mismo, me había desbocado sobre una montura de dos ruedas y de mi descabalgadura

[?] Ilustración a cargo de Isabel Albaladejo Gómez.



daba aún testimonio la muleta que utilizaba para andar. Los seis meses que pasaron entremedias ya se los contó mi hermana, según me consta.

Alternaba el ejercicio con un poco de lectura. En esos días de cambio de estación, la luz filtrada entre las palmas verdes se parecía mucho a la que pasa a través de una persiana, lo cual, junto a sonidos dispersos y difícilmente identificables, me producía una sensación de hogareña calidez que no podía en ningún modo obtener en mi propia casa. Hay momentos en la vida en que leer se convierte en un acto demasiado íntimo para hacerlo en cualquier lado. Usted lo sabe. Y la seguridad y la familiaridad que se llega a obtener en espacios donde nadie conoce que te encuentras o quién eres es entonces una salvaguarda de la intimidad. Por ejemplo, de pronto, un parque en otoño a las seis y media de la tarde puede ser inaccesible a la perturbación. En días señalados, incluso al dolor. Esos días leía yo poesía.

Permítame una confesión que tiene su importancia: mi primer acercamiento a la poesía fue completamente infantil. No quiero decir que tuviese lugar durante mi primera edad, sino que me comporté al respecto como un niño. Sin el menor pudor, me apropiaba de todo aquello que me llamaba la atención, que no era ni más ni menos que aquello que sentía que estaba hablando de un modo u otro de mí y de mis cosas. Fueron unos tiempos, en el final de mi adolescencia, de unas lecturas epidérmicas y deliberadamente irreflexivas. Pero fueron intensas, y hasta en su melancolía, o gracias a ella, diría que felices.

Recuerdo una chica, de mi edad, íbamos juntos a clases particulares de francés. Usted no la conoció porque esto pasó en el pueblo, durante un verano. La cosa fue y dejó de ser, en principio no tuvo nada más, pero una tarde no me permitió entrar en la academia y me pidió que habláramos un poco. Tenía los ojos hinchados de llorar. Seguramente llevaba así varios días, pero yo no me había dado cuenta o no habíamos coincidido de frente, no sé, lo cierto es que no era consciente de lo mal que lo estaba pasando. Se llamaba María y hasta hoy nadie se ha expuesto de esa forma por mí. Le dejé hablar durante varios minutos, sin interrumpirla, me encendí un cigarro (por cierto, ya no fumo), le ofrecí un poco de agua, fui correcto. Cuando terminó y volvió a

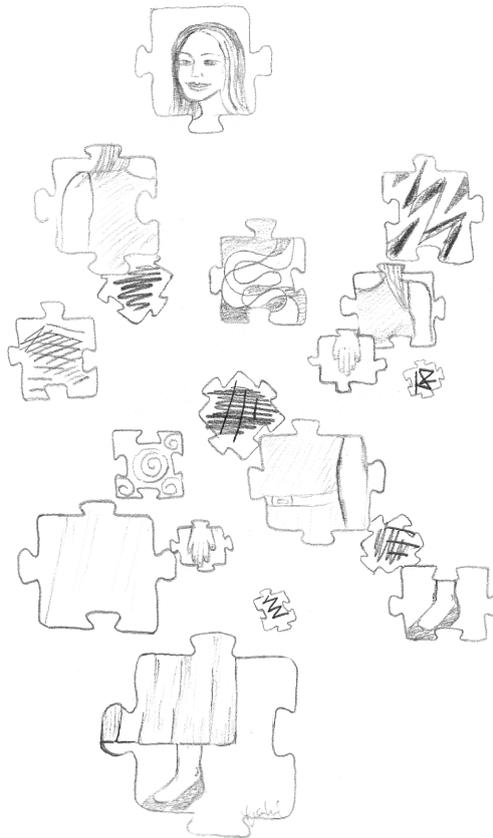


mirarme, esperé a que bajara otra vez los ojos, aunque no lo hizo. Me sentí mal. Sé que no es una sintomatología muy específica, pero así es como me sentí.

- ¿Sabes quién es Gerardo Diego?

- El poeta, claro. Voy mal en francés, pero no soy tonta. ¿Y qué tiene que ver...?.- Entonces no le dejé acabar la frase.

- Hay un poema de Gerardo Diego... creo que puede servir para explicar mi punto de vista... *Una a una desmonté las piezas de tu alma. / Vi cómo era por dentro: / sus suaves coyunturas, / la resistencia esbelta de sus trazos. / Te aprendí palmo a palmo. / Pero perdí el secreto / de componerte. / Sé de tu alma menos que tú misma, / y el juguete difícil / es ya insoluble enigma.*



Ya le he dicho que se llamaba María, y jamás he visto a nadie devolverme con tan poco tanto desprecio. Tampoco, ni siquiera después del accidente, recuerdo haberme vuelto a sentir tan ridículo.

- *Excuse moi, J'arrive tard à la classe-*, y

desapareció escaleras arriba.



Años más tarde, cuando este recuerdo era apenas un segundo entre muchos segundos que acelerar y cuando hacía poco, desde que pude caminar por mi propio pie, que había recuperado la afición juvenil por leer poesía, tuve a la fuerza que evocar aquella experiencia y otra vez la vergüenza me estremeció. No sé hasta cuándo...

Insisto en que toda esta confesión era necesaria, porque me pesa el remordimiento igual que cuando te cargan a traición con un objeto muy voluminoso. No esperaba esta sensación y, aunque sé que a usted no le gustan las bromas macabras, mi disposición corporal tampoco era la apropiada. Pero también le cuento todo esto porque necesito explicarme; para ser exactos, necesito ser entendido y usted, al que considero un verdadero hombre de ciencia, no me dará la espalda, sé que no.

La tarde que le digo yo estaba sentado en un banco de piedra. Un par de días antes ya había pensado que la serenidad del espacio sugería disfrutar con una selección de poemas, tal fue mi desgracia, de Gerardo Diego: “Guitarra”, “Romance del Duero”, “El ciprés de Silos”, “El sueño”... hasta que, al pasar una página, de pronto, allí estaba “Una a una desmonté las piezas de tu alma”. Salté nervioso las páginas sin saber qué buscaba, o, tal vez, no queriendo saber que allí no encontraría nunca una nota de María ni una foto suya, porque ese libro lo compré más tarde, siempre demasiado tarde, cuando María ya me había conocido lo suficiente como para no tener que sufrir por mí. Después, durante diez o quince minutos, la desolación no me dejó moverme. ¿Es lo que llaman un *shock*? Tampoco quería seguir leyendo. Únicamente ansiaba no estar solo. Quería ver a María, pedirle perdón, pedirle que “me dejase hacer un árbol con sus trenzas” y como siempre hacer propios todos los versos que a ella le gustasen.

Y esto es lo que sabe y no sabe usted, querido doctor: mi hermana o mi tía le habrán contado que vi el fantasma de María, que me he vuelto loco, que me están haciendo pruebas para diagnosticarme, que estoy con ansiolíticos y antiepilépticos... Pero eso es sólo una parte de la verdad. Lo esencial está omitido, sospecho, y es que estoy sufriendo mucho y que ello se debe precisamente a que, por primera vez en mi vida, perseguí lo auténtico. Reconocerá conmigo, querido doctor, que mi situación actual no es justa.



Yo abrí los ojos, ya le he dicho que no sé cuánto tiempo estuve como ausente. Tenía el libro abierto en la página del poema, si bien no recordaba haber vuelto a él. Pero ya no estaba solo: a mi derecha estaba María con esa mano extendida hacia arriba y la misma media sonrisa de los diecisiete años. Antes de poder abrir la boca, de la mano empezaron a saltar figuras geométricas como si fuese una fuente, luego ramas de árbol, caballos, siluetas de estrellas y un delfín en la cesta de un triciclo... y, en medio, aparecieron fugazmente instantes felices de mi vida. Le juro que fue así como pasó y que fue lo más hermoso que veré en los años que me quedan. Todo se mezcló, comenzó a girar en círculo y se redujo, todavía dando vueltas, a la palma derecha de María.

-¿Qué es todo esto?- pregunté con gratitud.

- Es lo mejor de tu alma, desmontada pieza a pieza.- Entonces dejó de sonreír y cerró el puño brutalmente. El crujido que se oyó quizá fue de sus dedos, pero pudo ser también lo que acababa de destrozar. Ni siquiera tuve que reprimir un grito; cuando volvió a abrir la mano, las marcas por la presión me distrajeron de tratar de comprender lo que había ocurrido.

- *Excuse moi, J'arrive tard...*-, dijo mientras se marchaba sin que yo pudiera oír adónde o seguirla. Cuando reaccioné, salí tras ella, avanzando con toda la rapidez de la que era capaz, la cual, como sabe, no es ni era entonces mucha. Sé que estuve deambulando por el parque, angustiado, dolorido, pero no recuerdo cuánto ni cómo. Parece ser que me encontraron entre unos arbustos, inconsciente. La muleta estaba a doscientos metros y del libro nadie me pudo decir nada. Suponen que tuve una crisis nerviosa y que me desmayé, o alguna cosa así. Yo no lo sé, doctor. Mi siguiente recuerdo ya es en la clínica con todo el mundo pidiéndome que me calmase, aunque yo no estaba alterado. Sólo quería que buscasen a María. Y, a partir de aquí, toda la confusión que usted ya conoce.

No quisiera que me interpretara mal. Mi intención no es ponerle en un compromiso. Sé que piensan que estoy trastornado, que el accidente... A mí eso ya me da igual. Lo único que le pido, querido doctor, amigo, es que al menos crea usted en mí, que tanto le he respetado siempre. No se lo pediría si no me fuese absolutamente imprescindible, pues, como digo, estoy desesperado: por favor, entre lágrimas se lo



pido, busque usted a María, dígale que la amo, que me perdone, que le haré un árbol con sus trenzas si ella quiere, que le perdono por triturarme el alma y salir corriendo. Y dígale que he vuelto a estudiar francés.

Con el aprecio de siempre,

G. D.